

**Colaboradores de Dios:  
gozo, desafíos y oportunidades de las relaciones  
entre Institutos de vida consagrada**

P. David Glenday, MCCJ

*El P. David Glenday, misionero comboniano, es actualmente el secretario general de la Unión de los Superiores Generales (USG).*

*Original en Inglés*

*Cuando dice uno: «Yo soy de Pablo», y otro: «Yo soy de Apolo», ¿no estáis procediendo según criterios humanos? La verdadera misión de los predicadores. ¿Quién es, pues, Apolo? ¿Y quién es Pablo?... ¡Servidores, por medio de los cuales habéis creído! Cada uno trabajó según el designio del Señor: yo planté y Apolo regó, mas fue Dios quien proporcionó el crecimiento. De modo que el que planta y el que riega nada son, sino Dios, que proporciona el crecimiento. Además el que planta y el que riega son una misma cosa, si bien cada cual recibirá el salario según su propio trabajo. Nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros, el campo que Dios cultiva, el edificio que Dios construye. 1 Co 3, 4-9*

**1. Estad siempre alegres (1 Ts 5, 16)**

Una sabia tradición de la Iglesia nos anima a iniciar una evaluación importante de nuestra vida y misión como lugar de consolación y gozo, y creo es este también el mejor lugar para empezar esta breve comunicación sobre las formas de relacionarse de los Institutos de vida consagrada entre ellos. Ya en *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco nos recordaba que el tipo de alegría del que estamos hablando aquí, la alegría de evangelizar, siempre brilla contrastando sobre el fondo de una memoria agradecida.

Así que no sería sino un error no tomar como punto de partida esta pregunta: ¿Qué recuerdos agradecidos tenemos de relaciones positivas y vivificantes con otros Institutos los cuales continúan aportándonos una alegría duradera, inspiradora y motivadora?

Con la esperanza de animarles a encontrar su propia respuesta a esta pregunta, déjenme responder a ella desde mi propia historia y mi propia experiencia y en referencia a cuatro áreas clave de nuestra vida consagrada.

*a) La experiencia carismática, y por consiguiente relacional, del Fundador*

Me considero una persona muy bendecida de tener como a fundador a san Daniel Comboni, un misionero para quien la amistad, las relaciones y la cooperación con otros en la Iglesia fue como el aire que respiraba. Apasionado y decidido como fue de la evangelización de África, y con la experiencia personal de las graves dificultades que este gran proyecto conlleva, nunca dudó de que se tratara de un trabajo que exigía los esfuerzos coordinados de todos en la Iglesia. De hecho, se podría decir que fue llamado a fundar su propio Instituto misionero solo cuando la urgencia de la misión superó las dificultades y resistencias que la llamada a la cooperación provocó.

Sin embargo, naturalmente, no creo ni por un momento que esta apertura fue exclusiva de Daniel Comboni. Imagino que si todos volvemos a nuestros fundadoras y fundadores, mujeres y hombres del Espíritu, es probable que encontremos en ellos personas que creían en la construcción de redes de amistad y cooperación con otros. Cuando estudiamos y reflexionamos sobre nuestros fundadores, quizás este suele ser un aspecto de su experiencia de gracia que pasamos por alto, y de este modo corremos el riesgo de olvidar el desafío que hay que descubrir en nuestros carismas fundacionales. ¿De qué manera para nuestros Fundadores fue su carisma un don de relación y de cooperación? ¿Y de qué manera nuestra fidelidad nos impulsa a relaciones y cooperación similares hoy en día?

*b) Juntos en la formación*

Así mismo, me considero afortunado de haber estudiado cuando era joven filosofía y teología en el Instituto Misionero de Londres (MIL), un consorcio fundado por siete Congregaciones exclusivamente misioneras, el cual formó a mujeres y hombres evangelizadores durante muchas décadas, pero que tristemente, en vista del cambio demográfico de las vocaciones misioneras, fue finalmente cerrado hace algunos años.

Prepararse con compañeros de otras familias misioneras era algo profundamente motivador y vivificante, y los frutos fueron muchos para nuestra misión futura. Creamos amistades y vivimos fraternidad; ampliamos nuestros horizontes; experimentamos distintas aproximaciones a la misión nacidas de historias diversas; aprendimos a ver cómo el Espíritu trabaja de formas tan distintas y bellas; concebimos la misión en términos de comunión y cooperación.

Imagino que muchos de ustedes, de una u otra forma, tuvieron experiencias similares de formación con hombres y mujeres de otras Congregaciones religiosas, y sospecho que volver y saborear estas experiencias puede iluminar y alentar para los desafíos que vamos a discutir en esta breve reflexión. ¿La formación que ofrecemos a los miembros de nuestros Institutos los desafía y prepara para hacer la misión juntos?

*c) Misión compartida*

Memoria agradecida y, por consiguiente, motivadora alegría se generan también volviendo a nuestras experiencias de misión y apostolado, en las que de una forma u otra nos hemos implicado en cooperación con otros religiosos y religiosas.

Una experiencia que yo valoro especialmente preciosa fue mi tiempo en Uganda en los años ochenta, un tiempo de difícil agitación política y sufrimiento real para muchos. En ese tiempo tuve la suerte de ser el editor de *Leadership*, una revista que creada con el objetivo de la formación de los líderes cristianos laicos, que recuerda la red de cooperación y apoyo mantenida por misioneros de muchas y diferentes Congregaciones en el país y más allá, lo cual permitió a la revista ser foco de esperanza y coraje para muchos.

Quizás también aquí hay una lección que anotar y aprender: ¿somos capaces de construir experiencias como estas, consecuencia –de algún modo- de la crisis, cuando la crisis ha pasado y la “normalidad” vuelve? Tristemente, frecuentemente, me parece que no lo somos. Como diremos más adelante, necesitamos aprender a apreciar y desarrollar el don de la relación y no dejar que se desvanezca o se marchite.

Incluso más ampliamente, creo que podemos decir que suele faltar un plan estratégico entre los Institutos religiosos que trabajan en la misma nación o región, cuando tendría mucho más sentido para ellos planificar juntos y unir recursos para el bien de la Iglesia.

*d) Socios en discernimiento*

Durante años mi destino ha estado implicado en el gobierno y animación de mi propio Instituto a nivel local, provincial y general, y mi actual misión en la USG me sitúa nuevamente en este campo.

Ciertamente es un gran gozo estar implicado en el discernimiento compartido que esto necesariamente implica. Dicho con otras palabras, ante los enormes desafíos a los que nos enfrentamos, no hay otra alternativa que poner nuestras mentes y corazones juntos, ayudándonos unos a otros a vislumbrar qué es lo que el Señor está haciendo en la historia, y a encontrar el modo de ir hacia adelante prestándole la mano que, parece, continúa buscando. Implicarse en este modo de compartir ofrece una forma especial de descubrir los regalos del Espíritu, la sabiduría y la santidad de religiosos y religiosas de otras Congregaciones, y edifica profundamente, en el mejor sentido posible de la palabra.

Aunque también aquí surge un desafío: desde mi punto de vista, necesitamos ser más decididos para que a nuestro discernimiento compartido se sigan consecuencias prácticas y encarnadas en proyectos de misión común.

## **2. Gozo en el Espíritu Santo (Rm 14, 17)**

Al reflexionar sobre este camino desde la memoria agradecida y las experiencias positivas de relación entre los diferentes Institutos, y sobre el gozo que esas relaciones engendran, descubrimos que hemos sido conducidos al corazón mismo de la vida consagrada: este gozo es en el fondo trabajo y fruto del Espíritu que continúa dando el regalo de la vida religiosa a la Iglesia y al mundo.

Esta conciencia –de la memoria agradecida al gozo de una nueva comprensión de la acción del Espíritu– nos lleva a hacer algunas afirmaciones comprometedoras, afirmaciones que pueden tener no pocas consecuencias prácticas:

- La cuestión de construir relaciones entre los Institutos religiosos no es secundaria o periférica, sino que descansa en el corazón de lo que la vida consagrada está llamada a ser. Es el Espíritu que nos pone juntos;
- Estas relaciones son un elemento esencial de la realidad carismática de la vida consagrada: sin ella los Institutos no vivirán sus carismas en plenitud y no experimentarán el poder y la riqueza de esos carismas. Aquí, y en otros ámbitos de la vida humana, solo se descubre la plenitud de quien soy a través del tú, precisamente porque somos ambos iguales y diferentes;
- De acuerdo, es deseable que los Institutos cooperen en la misión, y esto tiene sentido en términos de buen uso de los recursos disponibles en respuesta a los desafíos misioneros de hoy. Sin embargo, este acercamiento, aunque positivo, no lo es todo; algo más profundo y rico está en juego aquí. Una aproximación exclusivamente utilitaria no es suficiente;
- Esta visión esencialmente carismática y no meramente funcional arde en las palabras de Jesús en su oración de la Última Cena: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”. Nuestra comunión no es solo un modo de organizarnos mejor para conocer las necesidades; es nuestro principal testimonio del Señor al que seguimos.

Ya he sugerido que esta visión de comunión no es teoría: tiene consecuencias de largo alcance. Cuando falta, puede guiar a nuestros Institutos a formas de parroquialismo e incluso no edificante y estéril competitividad. Esta visión es vital si queremos soportar las inevitables dificultades y complicaciones que surgen cuando nos reunimos en proyectos de misión; la experiencia muestra que sin esta visión, será muy difícil mantener el rumbo. Es una visión que, cuando acogemos de todo corazón, nos libera haciéndonos generosos, imaginativos y creativos.

Quizás el núcleo de lo que estoy intentando decir aquí puede expresarse mejor con las palabras memorables del Papa Benedicto XVI en la homilía del domingo de Pentecostés de 2012:

*“Pero veamos el Evangelio de hoy, en el que Jesús afirma: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena» (Jn 16, 13). Aquí Jesús, hablando del Espíritu Santo, nos explica qué es la Iglesia y cómo debe vivir para ser lo que debe ser, para ser el lugar de la unidad y de la comunión en la Verdad; nos dice que actuar como cristianos significa no estar encerrados en el propio «yo», sino orientarse hacia el todo; significa acoger en nosotros mismos a toda la Iglesia o, mejor dicho, dejar interiormente que ella nos acoja. Entonces, cuando yo hablo, pienso y actúo como cristiano, no lo hago encerrándome en mi yo, sino que lo hago siempre en el todo y a partir del todo: así el Espíritu Santo, Espíritu de unidad y de verdad, puede seguir resonando en el corazón y en la mente de los hombres, impulsándolos a encontrarse y a aceptarse mutuamente. El Espíritu, precisamente por el hecho de que actúa así, nos introduce en toda la verdad, que es Jesús; nos guía a profundizar en ella, a comprenderla: nosotros no crecemos en el conocimiento encerrándonos en nuestro yo, sino sólo volviéndonos capaces de escuchar y de compartir, sólo en el «nosotros» de la Iglesia, con una actitud de profunda humildad interior”.*

### **3. Colaboradores de tu gozo (2Co 1, 24)**

Desde la memoria agradecida a la alegría; de la alegría a la acción del Espíritu; de la acción del Espíritu a la misión en comunión: y, ¿cuál podría ser la forma de esta misión hoy y en el futuro?

Vamos a intentar dar algunas sencillas respuestas:

#### *a) Una espiritualidad de cooperación*

De lo que se ha dicho hasta aquí, es evidente que la visión de la comunión solo puede sostenerse con unas motivaciones muy profundas de fe nutridas por la Palabra, por la oración y la contemplación, por el amor a la Cruz y la alegría en la Resurrección. La comunión llama a la santidad, la intimidad con el Señor que nos llamó a todos nosotros, juntos. Desde otra perspectiva, diríamos que cualquier espiritualidad de la vida religiosa sin este elemento de la comunión de carismas es incompleta.

#### *b) La paciencia del sembrador*

Sería revelador releer la parábola del Señor sobre la semilla y el sembrador con el objetivo de captar sus implicaciones para la misión-en-comunidad de la vida consagrada. Por ejemplo, nos sentiríamos animados a creer lo suficiente en esta misión para estar preparados para iniciarla humildemente; aprenderíamos a ser pacientes y a estar dispuestos a empezar una y otra vez; entenderíamos mejor lo preciosa que es la semilla, y apreciaríamos la variedad de experiencias de comunión, aunque fueran aparentemente menores.

Este último punto es de especial importancia. Uno puede comprender fácilmente que en ciertos casos los proyectos de comunión con los años se hacen menos relevantes o viables, y deben concluir. Sin embargo el asunto no termina allí: todas las experiencias positivas vividas juntos necesitan ser el inicio de algo diferente y nuevo, una tradición y una herencia que nos llama a nuevas formas concretas de comunión y cooperación en el futuro. La experiencia es demasiado preciosa para echarla a perder.

c) *Hacia una renovación juntos*

Somos muy conscientes de los desafíos que nuestros Institutos afrontan actualmente y el considerable esfuerzo y energía puestas en iniciativas de formación continua con el objetivo de la renovación. Felizmente, hay proyectos de cooperación en este ámbito, pero necesitan multiplicarse, nacidos de la convicción de que cualquier renovación real será renovación juntos y de que nos necesitamos unos a otros para esta tarea.

#### **4. Con más coraje**

No podemos concluir esta breve comunicación sin recordar las palabras del Papa Francisco al inicio del Año de la Vida Consagrada, que desafiaba a los religiosos a vivir este momento, algunas veces caracterizado por la fragilidad y disminución, como una oportunidad en el Espíritu:

*“También espero que crezca la comunión entre los miembros de los distintos Institutos. ¿No podría ser este Año la ocasión para salir con más valor de los confines del propio Instituto para desarrollar juntos, en el ámbito local y global, proyectos comunes de formación, evangelización, intervenciones sociales? Así se podrá ofrecer más eficazmente un auténtico testimonio profético. La comunión y el encuentro entre diferentes carismas y vocaciones es un camino de esperanza. Nadie construye el futuro aislándose, ni sólo con sus propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua, y nos preserva de la enfermedad de la autoreferencialidad”.*